

yola para la contemplacion, á saber: el empleo de la sensibilidad y el empleo de la fantasía. La contemplacion pide los mismos ejercicios que la meditacion y las mismas preparaciones. Loyola, empeñado en no dejar cosa alguna librada en la espontaneidad libre del hombre, da planes y modelos de contemplacion sobre los cuales han de calcarse todos los ejercicios para conseguir el deseado fin.

El primer modelo traza los patrones indispensables para que pueda contemplar el pensamiento la enormidad del pecado cometido por los ángeles rebeldes y la enormidad tambien de su atroz é inmediato castigo. Para contemplar estas escenas, exige Loyola que los educandos agucen sus sentidos y aviven su fantasía de tal suerte, que vean los objetos contemplados como verian una representacion teatral, con la misma realidad. Así quiere que cada uno de sus discípulos, al llegar este período de sus ejercicios, encienda con su fantasía las llamas del infierno, que las vea como pudiera ver un cercano incendio material y hasta sienta, si es preciso, el calor de ellas en la piel, en los huesos y en la sangre. Y cuando ya esté de tal suerte transportado á la realidad, considere la excelencia del sér angélico antes del pecado, su hermosura indecible, su felicidad inexplicable, su aptitud para ver las ideas que animan las cosas y los eternos tipos que flotan en el etéreo absoluto, la bienandanza de aquella region donde oían el concierto de las esferas y contemplaban la faz del Creador de los mundos; sus destinos de dorar las estrellas, de traer consuelos á las almas atribuladas é inspiracion á las almas sublimes: su naturaleza, la primera despues de la divina; y tras la rebelion su pecado cometido en el cielo, cuando tantos pensamientos de verdad los iluminaban y tantos bienes incomunicables los poseian, promoviendo aquel gran escándalo en todos los séres y en todo el Universo, hasta caer, sin que hubiera intervalo entre el pecado y el castigo, en los abismos de una perdurable noche y en las llamas de un perpetuo infierno. He ahí el primer ejercicio de la contemplacion.

Vamos al segundo. El apercebimiento y preparacion para meditar deben identificarse así en uno como en otro ejercicio; pero el objeto de la contemplacion debe ser diverso. En la primera de estas operaciones, tratábase de Dios, en la segunda debe tratarse del hombre. Como en aquella se representó

el educando á Lucifer lanzado del cielo, en esta debe representarse á Eva y Adan lanzados del Paraíso. A los ojos verdaderamente contemplativos, la flamígera espada por el ángel expulsor esgrimida, debe fulgurar como fulguraria el rayo recién fulminado por la nube y el cometa recién aparecido en la noche. Y luego, precisa comparar la inocencia, el candor, la paz del primer hombre sin mancilla en el Paraíso sin mal, bajo un cielo sin sombras ni tinieblas, entre flores sin espinas, entre animales sin combate, separado por completo del trabajo y del dolor, junto á su compañera purísima como la luz inmaculada del alba, viendo el Universo colgado en el éter de los espacios á manera de un cuadro místico colgado en las paredes de los templos, y escuchando el rumor de todas las cosas á manera de un salmo y de un hosanna sin término. Y despues de esto, hay que ver al hombre lanzado del sitio de su inocencia, cuando los elementos le persiguen y las fieras le asaltan y los males todos le hieren; y no tiene pan que llevarse á la boca sino mediante los dolorosos esfuerzos del trabajo; y sus hijos se odian y hasta se sacrifican mutuamente en sendos combates; y su mujer pare con dolor, y su juventud se marchita con los años; y las ilusiones se truecan en amargas realidades y los amores ocultan odios ú olvidos; y no hay verdad que se allegue sino á precio de la paz; y al borde oscuro de todas las cosas creadas ceñidas de límites infranqueables, se asienta y extiende tristemente la muerte como un centro de cuya terrible atraccion y fuerza no puede criatura ninguna eximirse ni exentarse. Cada hombre debe considerar en el pecado de Adan su propio pecado y ver su imprudencia, su sensualidad, su cobardía, invocando para evadir el castigo, la misericordia divina, esa misericordia y esa gracia que únicamente poseen la facultad y el poder de perdonarlo.

En el segundo ejercicio han de pensar los iniciados ya en sus desacatos propios, ya en sus desacatos personales á Dios. La fuerza plástica y la virtud creadora, con que hayan reproducido las penas del infierno, serviráles para el propio dolor, y el propio dolor les servirá á su vez de segura enmienda. Y el vigor con que hayan aparecido á su imaginacion los contrastes bruscos entre la vida del ángel antes del pecado y la vida del ángel despues del pecado, entre la vida del hombre antes de su expulsion del Paraíso y la vida del hombre despues de su expulsion del Paraíso; estas comparaciones salu-

dables han de servirle y ayudarle para desamar el estado de desgracia en que le derriba la culpa, y amar y apetecer la vuelta y regreso al estado de gracia en que le puso el bautismo. Así, en el cuarto ejercicio, verá la malicia infinita del pecado mortal y en el quinto los efectos del pecado y en el sexto el número y gravedad de ellos, logrando al término de tal operacion un horror tan grande y tan eficaz de todas sus culpas como el que tuvieron los inmortales conversos, como el horror de San Pablo á sus yerros y el horror de San Agustín á sus pecados.

Loyola se dirige á todos los sentidos y los quiere tener todos en vigilia y apercebimiento para la obra comun de la iniciacion misteriosa. Lo que mas embarga su atencion es el empeño de dar á la sensibilidad, auxiliada por la fantasía, toda la fuerza representativa que naturalmente tiene y que la lleva como á la reproduccion de los objetos. Así, hay que reanimar las personas, asunto de la contemplacion, y reanimarlas con todas sus circunstancias; oír el sonido de sus palabras, gustar el dulzor ó amargura de sus actos, respirar el aroma de sus virtudes ó el hedor de sus vicios, y de tal manera y con tal eficacia prestarlas vida si están muertas ó presencia si están ausentes, que podamos con nuestros ojos de carne percibirlas y palparlas con nuestras manos materiales.

La muerte ha de hallarse como un punto fijo y negro en todos estos ejercicios contemplativos. El educando ha de ver la cama del moribundo en su agonía última y la fosa recién abierta donde irán á parar sus podridos huesos. Debe todos los días morir ó dar un adiós supremo á su fortuna y á sus títulos, y á su estirpe y á sus placeres; abandonar á los que le abandonarán cuando muerto, cansándose de su recuerdo y enjugándose las lágrimas; trocar la casa por la sepultura; descomponerse todo en podredumbre y en gusanos; pasar al estado mas idéntico seguramente con la muerte; caer en la eterna noche y en el eterno silencio.

Cada hombre debe preguntarse á sí mismo si debe morir ó no. Y en cuanto su razon le responda que ningun mortal se liberta y exime de la muerte, debe proceder como si en aquel acto é instante mismo hubiera de morir. Todo nos es incierto al comenzar la vida; el nombre que vamos á tener, la fortuna que vamos á gozar, los amores con que vamos á vivir, todo

nos es incierto ¡ay! todo menos la muerte. Considerad que cada minuto fugaz, pasajero, corriendo á la eternidad, se lleva consigo un pedazo de nuestra vida, y que devorará lo porvenir como devorara lo pasado, con la celeridad del relámpago. No sabreis la hora de vuestra muerte, si os cogerá en una mancebía ó en la iglesia, en la oracion ó en la culpa: *vigilate quia nescitis*. Cuantos males os procureis en cualquier otro acto de la vida tendrán rápida duracion, pero el mal en la muerte ¡ay! será un mal eterno, porque será un mal irreparable. A fin de comprender todo cuanto puede pasar al hombre y á toda criatura mortal allende la muerte, hay que representarse la triste agonía y sus trances como si estuvieran pasando. Contemplad vuestra horrible alcoba mortuoria en tinieblas ó al reflejo funerario de amortiguada lámpara; el triste y mal oliente lecho donde vuestro cuerpo se deshace ya en pedazos y de cuyo seno podrido ireis á caer en el seno gusanado de la huesa; la familia y los domésticos llorosos en torno vuestro; y allá en los aires atisbándoos una legion de demonios que os miran con sus miradas de lechuzas y que rechinan las quijadas hambrientas; mientras el reloj da la última hora de vuestros placeres, y si sois réprobos, la primera hora de vuestras eternas congojas.

Consideraos á vosotros mismos momentos despues de la muerte, rígidos y yertos; vuestro cuerpo, que hiede, tendido en cuatro tablas y envuelto en una mortaja para ser arrancado al hogar por cuatro mercenarios que lo llevan en hombros por cuatro cuartos, y conducido á la fosa recién cavada por un sepulturero indiferente quien se tapa las narices por no poder resistir, á pesar de hallarse habituado de antiguo á todos los malos olores, tanta podredumbre. Y si luego caeis en los pozos del abismo, y os sumergís en los océanos de la cólera celeste, y os revolcais en estanques de plomo derretido, y vivís en un horno ardentísimo, y estais con los réprobos recordando la tierra que habeis dejado por vuestra muerte y el cielo que habeis perdido por vuestra culpa, reuniendo á los dolores externos del sentido los internos dolores del espíritu, los duelos, los remordimientos, la envidia del bien ajeno, las constantes aspiraciones á lo divino, y si vuestros ojos ven la palabra ¡SIEMPRE! grabada en las puertas del infierno; y si vuestros oidos oyen el chisporroteo de las llamas y el lamento de las quejas; y si vuestro olfato huele el azufre, y

si vuestro cuerpo toca el fuego eterno que os penetra hasta la médula de los huesos; decid si no sois mas desdichados vosotros, imágenes divinas creadas para la felicidad eterna, que la mas bestia de las alimañas ó la mas fria de las piedras.

En todos estos ejercicios se ha consumido la primera semana, cuyo principal objeto es conocer cuánto ha errado la idea que se ha divertido de la verdad divina y cuánto ha pecado la voluntad que se ha divertido del bien supremo. En la segunda semana el iniciado ha de proponerse con resolucion seguir la vida de Cristo para encontrar con seguridad la eterna bienandanza. Precisa, despues de pasada la primera semana, una tenaz decision de pasar en los mismos ejercicios otra semana igualmente fructuosa. La lectura de libros devotos contribuye mucho á este fin. La lectura debe preceder á la meditacion y la meditacion á la contemplacion. Esta no tendrá todo el debido carácter de virtud y eficacia si no representa los objetos en todo su relieve, las personas en toda su realidad, las escenas históricas en toda su vida y en todo su movimiento. Precisa tambien tener para esta segunda clase de piadosos ejercicios el modelo preparado y el patron hecho de una santa contemplacion. Cada fiel debe creerse trasportado á los desiertos de la Judea donde requerido por la voz de Jesus, debe acudir en cuerpo y en presencia corporal á los divinos llamamientos. Su imaginacion debe rehacer y reedificar la humilde casilla donde María estaba serena y desapercibida cuando llegó el arcángel Gabriel á darle la buena nueva de su purísima preñez. El educando ha de resucitar las calles de Belen con todas sus tortuosidades, como si por ellas se paseara, y ha de ver el establo y oír los mugidos como si realmente asistiera con su asistencia corporal á la santa natividad de Cristo. El pesebre y sus pajas, el niño y su desnudez, los padres y su alegría, el buey junto á la mula, los pastores que traen sus corderos al cuello y sus aleluyas al labio, los ángeles que bajan absortos á contemplar el divino misterio y á comunicarlo á todas las jerarquías en hosannas sin fin, deben aparecer á los ojos mortales como si estuvieran cumpliéndose á la hora misma de la contemplacion en toda su bendita realidad.

Despues de dicho todo esto, entra el discípulo en los grandes ejercicios, en los que tienen mayor importancia para su salvacion personal y mayor

precio en los planes y arreglos de Loyola. A este importantísimo ejercicio llámale Ignacio el ejercicio de los dos estandartes, es decir, el ejercicio de preparacion para inscribirse ó ya en la milicia de Dios ó ya en la milicia del diablo. Jesus y Lucifer son los dos capitanes que armados de todas armas y aperecidos con toda suerte de precauciones, se hallan esperando á que los respectivos soldados se inscriban en las sendas y opuestas banderas. El objeto, pues, de todo cuanto Ignacio ha premeditado para el cumplimiento de tan extraordinario ejercicio, es traernos á la memoria los méritos de Jesus y fijarnos de un modo definitivo á la sombra de su divina bandera. Precederá, pues, á este ejercicio una oracion preparatoria. Despues de esta oracion, los educandos verán de un lado al general de los buenos y del otro lado al general de los malos. La imaginacion extenderá dos vastísimas llanuras poniendo en la primera Babilonia y en la segunda Jerusalem; sobre Jerusalem Cristo, reuniendo todos los justos, y sobre Babilonia Lucifer, á su vez, reuniendo todos los pecadores. Despues de esto, deberá el educando representarse á Lucifer en trono de fuego, rodeado de una espesa nube de humo, esparciendo el mal y enviando á sembrarlo por todas partes los soberbios, los impúdicos, los seductores y tentadores del humano linaje, á fin de que tiendan trampas y celadas para que los justos tropiecen y caigan. Frente á frente de tanta sombra letal imaginaos á Cristo en la divina Jerusalem, resplandeciente de gloria y hermosura, iluminando el cielo con su mística mirada y haciendo florecer la tierra con su creador aliento; Cristo, á quien rodean los apóstoles con sus lenguas de fuego en las cabezas, los santos con sus nimbos de luz en las sienes, los mártires con sus palmas de inmarchitable verdor en las manos, y los justos, tranquilos en su santa bienandanza. El educando há por fuerza de optar entre una de las dos banderas, porque todas las criaturas se hallan colocadas desde sus nacimientos entre Lucifer y Cristo. Hay, pues, que optar y optar sin remedio. Para esta opcion debe prepararse con tiempo el ánimo y recogerse dentro de sí mismo y reflexionar con reflexion profundísima. Lo primero que ha de ver es la cualidad de los jefes, el mayor de los bienhechores el uno y el mayor de los malhechores el otro; el uno generoso y el otro cruel; el uno prometiendo bienes eternos y el otro entre placeres degradantes males seguros; el uno con títulos á vuestro amor y el